

ANALLURBA

Como si fuera una inspectora clínica de la intimidad, de los ritos iniciáticos en la vida adulta y de los contradictorios vínculos familiares, Fleur Jaeggy (Zúrich, 1940), residente en Italia, ejerce su oficio con una inclemencia elegante y minimalista. Se caracteriza por la creación de fábulas crueles a la vez que delicadas, como si fueran pequeños artrópodos a los que convierte con su pluma en objeto de una inspección minuciosa. Sugiere los secretos que esconden bajo su exoesqueleto y sus apéndices móviles, al ritmo de las teclas de su vieja máquina de escribir color verde pantano o su Remington negra, las que aún usa para escribir, según le contó a Andrés Barba en una de las pocas entrevistas en castellano que se conocen de ella.

A pesar de que el alemán es la lengua de su infancia y de su formación cultural, Jaeggy escribe en italiano y hace décadas que vive en Milán. Ha traducido a Marcel Schwob, Thomas de Quincey y John Keats (sobre quienes escribió el ensayo biográfico *Vidas conjeturales*, Alpha Decay, 2013), ha trabajado en la editorial Adelphi junto a Roberto Calasso y ha colaborado con el cantante Franco Battiato bajo el seudónimo de Carlotta Wieck. Fue amiga de la poeta Ingeborg Bachmann y es una lectora devota de autores místicos como Ángela de Foligno o Emanuel Swedenborg. Le gustan las arañas.

La iniciación

En su obra predominan las protagonistas niñas-adultas, sin edad específica, preadolescentes sin futuro fijo ni destino, hijas sin linaje, casi siempre aisladas en hospitales, clínicas de reposo o internados para señoritas, encaminadas de una manera intuitiva pero inexorable hacia una tragedia siempre latente, sugerida pero nunca demostrada. Esto es lo que caracteriza a Lung —la protagonista de *El dedo en la boca* (Alpha Decay, 2014), su primera novela—, una adolescente que observa su entorno anclada en un compulsivo tic de la infancia. Es lo que identifica también a la anónima protagonista de *Los hermosos años del castigo* (Tusquets, 1991), que relata las rutinas en un internado suizo —cerca del hospital psiquiátrico donde murió el escritor Robert Walser— dejando caer en la primera página de esta novela iniciática la estrecha relación entre la locura y las estrictas rutinas institucionales a las que son sometidas las jóvenes de clase alta para convertirse en educadas amas de casa. Dentro de esta temática también se incluye la peripecia vital de la protagonista de *Proleterka* (Tusquets, 2004), una joven que acompaña a su casi desconocido padre en un crucero por el mar Adriático y que se iniciará en la vida adulta a través de diferentes experiencias sexuales casuales con la tripulación.

En sus textos aparece casi siempre la muerte: al comienzo de *Proleterka* (galardonada con el Premio Viareggio 2002, uno de los más codiciados de Italia), la protagonista habla de su pertenencia a una dinastía de suicidas. En *Los hermosos años del castigo* la idea del suicidio y una mención al poeta Novalis sobrevuelan una conversación de la protagonista con Fréderique, la amiga hacia la que se siente atraída de una manera fascinante. También en *El dedo en la boca* el personaje principal especula sobre eso.

En sus historias, el conocimiento de la muerte constituye el desmantelamiento de la idea de la infancia y la primera juventud como edades doradas: "Aquella noche los juguetes ya no fueron un culto de muertos, sino muñecas que destriper, que destruir con suavidad. Las vistieron y desvistieron, también la señora se quitó el vestido. Jugaron a ser felices. La felicidad hería como un hierro candente", escribe en "Sin destino", uno de los relatos de *El temor del cielo* (Tusquets, 1998). La sutile-

## FLEUR JAEAGGY

# Fábulas crueles y delicadas

La escritora suiza se mueve entre dos idiomas, el italiano en el que escribe y el alemán de sus lecturas de formación



FERDINANDO SCIANNI / MAGNUM PHOTOS / CONTACTO

za de Jaeggy está en sugerir un ensalzamiento romántico de la muerte y en recurrir a él como huella del desencanto que acompañará a sus atribulados personajes de una manera precoz a lo largo de sus vidas.

Una tragedia llamada familia

Un padre y una hija comparten un camarote en un crucero por las islas griegas, aunque apenas se conocen. Una adolescente se siente abandonada por una madre ausente que le impone aprender alemán en un internado suizo. Otra madre intenta dar en adopción a su hija a sus patrones ricos, pero después se arrepiente y recuerda este error dos décadas más tarde. Dos gemelos que mantienen una relación de simbiosis inquietante vuelven a la casa de sus padres ya fallecidos. Una sumisa esposa quiere demostrarle a su marido que es capaz de matar. Las tramas de Jaeggy, tanto en sus novelas como en los relatos, expresan con inquietud las complejas relaciones familiares. Con una capacidad de observación casi antropológica, analiza los determinismos biológicos de esa institución social llamada familia des-

En sus historias, la muerte dismantela la idea de la infancia y la primera juventud como edades doradas

Jaeggy analiza la institución familiar con una capacidad de observación casi antropológica

de sus cotidianas contradicciones, sus arbitrarios lazos y sus involuntarios errores. Predominan los integrantes de familias desestructuradas, marcadas por el suicidio o el abandono de alguno de sus miembros: "Los niños se desinteresan de los padres cuando se les abandona. No son sentimentales. Son pasionales y fríos. En cierto modo, algunos abandonan los afectos, los sentimientos, como si fueran cosas. Con determinación, sin tristeza. Se

vuelven extraños. A veces enemigos", dice la protagonista de *Proleterka* al recordar a su padre, que la abandonó en la casa de la infancia. En *El ángel de la guarda* (Tusquets, 1974), Jane y Rachel, dos niñas de 5 y 7 años, hermanadas por el siniestro misterio del espejo y el doble, son las protagonistas de esta novela sin argumento. Viven en una casa que, algunas veces, parece embrujada y experimentan y se preguntan por cuestiones metafísicas y también algo banales. Su única conexión con el mundo exterior es Botvid, una inestable figura masculina, especie de tutor, padre, amigo o criado.

La escritura intensiva

Ninguno de sus libros (cinco novelas y un libro de cuentos, hasta la fecha) pasa de las 150 páginas. Sus estructuras son quebradizas, desencajadas, y obligan a apreciarlas en cada uno de sus fragmentos, como la densidad poética y filosófica de este en *Proleterka*: "No pienso en nada. La nada es materia de pensamiento. Seres, voces autónomas, memorias desenterradas acompañan el chapotear del agua. La nada no está vacía. Como de las garras de un predador en vuelo, los pensamientos caen en nuestra mente cuando tenemos la certeza de no estar pensando". En sus novelas y relatos parece que no haya trama, nudo o argumento. Lo que cuenta son sus frases, de una impecable precisión poética, que alimentan sus narraciones sin acción, estáticas, de anécdotas abstractas.

Otro aspecto que caracteriza su estilo es que el contexto cultural de sus narraciones (la Suiza de su infancia y primera juventud) es diferente del lingüístico. A pesar de sus personajes fuertes, la constante presencia del invierno y los paisajes de montaña y la evidente influencia de la tradición literaria suiza y alemana (En *Los hermosos años del castigo* no solo recrea su infancia sino que además rinde homenaje a *Jakob von Gunten* de Robert Walser), Jaeggy no escribe en alemán sino en italiano. Y tal vez por eso, a diferencia de Natalia Ginzburg o Elsa Morante, es una escritora difícil de encasillar en el canon de la literatura italiana.

Cuando Susan Sontag la presentó en 2003, en la Casa de Italia en Nueva York, dijo que era "radical, emocionante y cosmopolita". Está situada junto a Vladimir Nabokov, Joseph Conrad, Samuel Beckett o Kafka en la tradición del autoexilio lingüístico. Esa decisión la hermana con la escritora húngara Agota Kristof (que escribió lo mejor de su obra en francés durante su exilio en Suiza), cuando recurre a las frases cortantes. Jaeggy no se presenta con una sola palabra innecesaria para ejercer una extrema libertad intelectual y estética en una lengua extranjera.



Las estatuas de agua  
Fleur Jaeggy  
Traducción de M<sup>a</sup> Angeles Cabré  
Barcelona, 2015,  
112 págs.

## Ironía y éxtasis contemplativo

A.L.

"El dolor, la ralentización de la vida, hacen que el tiempo parezca demasiado largo." Así comienza *Las estatuas del agua*, la tercera novela de Fleur Jaeggy. Es la historia de Bleekam, un solitario coleccionista de estatuas que vive en un sótano invadido por el agua en Ámsterdam. En sus paseos junto a su fiel criado, Bleekam recuerda, con una cierta indolencia contemplativa, la tirante relación con su padre o el velatorio de su madre a través de implacables observaciones sobre las conductas de

los adultos ante el duelo, desmontando la presunta inocencia infantil ante la muerte. La soledad extática y contemplativa también es lo que caracteriza a Katrin, con quien Bleekam se encuentra cuando abandona de manera intempestiva su sótano inundado y su insólita colección. Dedicada a la poeta austríaca Ingeborg Bachmann, esta singular novela de prosa hermética podría dar cuenta de la poética "angustia de las influencias" que esta relación imprimió en la obra de Jaeggy.

Su narrativa exhibe una precisión poética y un minimalis-

mo expresivo que postergan el relato para expresar la crudeza de la vida, el paso del tiempo y, sobre todo, la aguzada actividad contemplativa sobre los protocolos sociales que sus personajes formulan con una ironía malvada.

En su inquietante recreación de la soledad y el éxtasis contemplativo, en *Las estatuas del agua* se respira ese cuestionamiento perpetuo de las propias ideas traducido en una relación salvaje e intuitiva con el lenguaje, el legado filosófico de la ironía romántica que sobrevuela toda su obra.

## SZILÁRD BORBÉLY



# La rebeldía de la lengua

Es un libro de formación que aborda la identidad como un juego de tensión

GONZALO TORNE

Szilárd Borbély (Fehérgyarmat, 1964 - Debrecen, 2014) no persigue ninguna elevación lírico-filosófica en su novela *Los desposeídos*. No hay una visión complaciente del mundo rural ni de su entorno. La novela está impregnada de mierda (es de manera indiscutible la palabra más repetida): la de los animales, la que se pone en la puerta de entrada de los enemigos, la que queda prendida en las vísceras de los animales, la que sirve para esconder dinero. Es la mejor manera de calificar la paga que recibe un judío, el nombre que se le da al fruto del algarrobo, una definición plausible de la historia y lo que los personajes esperan que les depare el futuro. Describe un espacio rural, un pequeño pueblo húngaro en el que siguen abiertas las heridas de la Segunda Guerra Mundial, las heridas provocadas por la instauración del comunismo y la colectivización, y las heridas de la inmigración rumana que atraviesa siempre que puede la permeable y cercana frontera en busca de un mundo (por increíble que parezca, a tenor de lo que cuenta el narrador del pueblo) más amable.

Borbély no construye un relato con una línea argumental nítida sino que ofrece fragmentos descriptivos (no solo limitados al paisaje, también hay retratos morales, psicológicos y de costumbres) que tienen como centro a la humilde familia protagonista, valiéndose de un manejo muy peculiar del tiempo, al que hace acelerar y demorarse a su gusto. Borbély es autor de varios libros de poesía —que no están traducidos, esta es la primera vez que se publica su obra en España—. Pero que nadie espere aquí embellecimientos ni fugas verbales: sus descripciones funcionan por una acumulación de frases que podrían pasar por un registro si no fuese por su tensa precisión y un ojo adiestrado hasta el asombro para percibir lo desagradable.

Aunque el tramo final de la novela contiene algunos pasajes narrativos (en especial la brutal parábola sobre la asimilación medio forzosa y medio consentida de un contingente de inmigrantes rumanos) y termina por conceder una yema de tragedia que al lector más complaciente le puede valer como desenlace, el tema de *Los desposeídos* se aviene muy bien con un enclave rural atrapado en sí mismo: cómo escapar. El tema aquí es la lucha entre los que quieren irse y los que ya no tienen esperanza alguna en morir lejos de donde nacieron.

Quien mantiene encendida la llama de la huida es la madre, el personaje a cuyo complejo trazo parece haber dedicado más esfuer-

zo el escritor húngaro. Se trata de una mujer insatisfecha, con mucho carácter, que alimenta en sus hijos la fantasía de que ellos son distintos al resto: no son campesinos, son más limpios, tienen esperanzas. Madre e hijo, puesto que la niña parece indiferente a esta pedagogía, atesoran las palabras y las expresiones que los diferencian del resto del pueblo, practican una rebeldía de la lengua. El drama de la madre es que vive temerosa de que una probable ascendencia judía del padre se haya transmitido a sus hijos: trata de ocultar este rasgo diferencial (el antisemitismo es la nata de la desconfianza ambiental) y trata de asimilarlos.

Borbély, que se suicidó en 2014, parece señalar con estas estrategias el principal problema de la identidad: no se trata tanto de heredarla, conquistarla o preservarla, sino del juego de tensión entre cómo se ve un grupo de personas y cómo las ven aquellas con las que conviven. El juego de similitudes y diferencias de cada individuo con su familia y de cada familia con su entorno.

Admite leerse como una novela de formación, aunque algo perversa. El narrador, el hijo varón de la familia protagonista, presenta algunos indicios de poseer una sensibilidad y una inteligencia superiores a la media del pueblo. Es portador de una mente muy receptiva a los fenómenos naturales y una facilidad y cierto interés por las matemáticas. Se trata de habilidades menores, en ningún momento se insinúa que el chico tenga verdadero talento. Solo asoma algo de espíritu para intensificar el drama de si logrará (como quiere su madre) escapar o no del pueblo.

Borbély administra con mucha habilidad la constatación de que la existencia cotidiana va sembrando de pensamientos crueles la mente del chico: su gusto por matar gatos, el deseo creciente de sacar de sus casillas a su madre, de golpear a su hermana. Se asiste al desarrollo de los embriones del desprecio, de la malicia e incluso del odio. La asfixia interior es un correlato de una atmósfera en la que escasea el oxígeno, y en justicia ni siquiera puede hablarse de un desprendimiento hacia el mal: el pueblo y sus habitantes parecen moralmente neutralizados.

El lector puede convencido de cuán complacientes y artificiosos son la mayoría de regresos literarios al mundo rural.



Los desposeídos  
Szilárd Borbély  
Traducción de Adán Kovácsics Meszaros  
Literatura Random House, Barcelona, 2015, 240 págs.